

Esta carta es una declaración de amor: al trabajo intelectual en tanto ejercicio de solidaridad y respeto entre quienes comparten una búsqueda, entre quienes se resisten a la indiferencia en una realidad signada por el espectáculo mediático, la militarización a escala planetaria, la naturalización de la miseria y el empeño por reducir a hombres y mujeres a una parcela minúscula de su humanidad infinita.

CARTA SOBRE LA AMISTAD Y LA RESISTENCIA

Queridas, queridos amigos.

Han pasado 29 años desde aquel diciembre de 1975, cuando llegué a la División de Diseño para hablarles de comunicación, dentro de lo que por entonces entendíamos por ella a partir de búsquedas alternativas a la primacía de los medios de difusión masiva y con una vocación por la educación.

Luego de tanto tiempo a escala de una vida humana, me ha llenado de alegría y de gratitud la invitación de José Ignacio a acompañarlos en estas celebraciones, en este encuentro entre seres que compartieron con toda fuerza un impulso fundador. La gratitud comencé a vivirla no bien me incorporé a la División. En mi largo peregrinaje por distintos países de América Latina, no volví a encontrar un espacio de solidaridad, de cariño y respeto como el que nos dieron en aquellos años a mi familia y a mí. Aprendí con ustedes, para siempre, que un intelectual tiene algún sentido para la sociedad si funda su práctica en la solidaridad, el cariño y el respeto por todos quienes se acercan a su trabajo, por aquellos que comparten sus búsquedas. Con tan preciosa experiencia, descreí para siempre de los héroes de la palabra miserables en los hechos. Nuestra práctica educativa, nuestra responsabilidad intelectual, o pasa por el sentir y el hacer, por lo que sentimos de los otros y hacemos hacia ellos, o no tiene razón de ser.

Si abro mi presentación con ese primer aprendizaje, es porque para muchos de ustedes tal actitud es tan natural como respirar y dormir, pero no son comunes los espacios donde encuentra uno tanta entrega, tanta compañía, tanto amor.

El segundo aprendizaje, también para siempre, tuvo que ver con el pensar. Venía yo de una universidad caracterizada por las viejas cátedras tradicionales, ancladas en un pretendido maestro junto al cual debían crecer los discípulos. Estructuralmente, una cátedra es perversa. Si todo el poder se deposita en el titular, puede ocurrir que éste sea un gran maestro, pero también puede suceder lo contrario. Y entonces, en vez de crecer, cientos, miles de seres, quedan a merced de las mezquindades, de un poder intelectual capaz de arruinar los más bellos impulsos a la creación. Sé que esto les debe sonar extraño a ustedes, porque en la División no había esa perversa estructura. Pero me detengo en ello porque todavía la universidad argentina sigue crucificada por la cátedra tradicional, y

porque una de las causas de mi exilio en 1975 fue el intento de cambiar un poco esas formas de enseñar y de controlar a otros colegas y a los estudiantes.

Cuando ingresé a la División, la primera bocanada de aire fresco vino de un descubrimiento maravilloso: no había cátedras. Había seres preciosos comprometidos en un trabajo grupal, en un pensamiento grupal, en una creación grupal. Con diferencias, por supuesto, pero todos empeñados en construir futuro, en caminar hacia un futuro común. He dicho que mi segundo aprendizaje fue en el pensar. Lo peor que le puede ocurrir a un intelectual es la soledad, es el aislamiento, es la incapacidad de ver más allá de los precarios límites de su saber. Desde esos últimos días de diciembre de 1975 me sentí parte de una corriente de pensamiento, aprendí a pensar con los demás, con ustedes. Aprendizaje para siempre, también.

No hubiera sido posible nuestro seminario permanente sin esa capacidad de escucha y de interacción. Tercer aprendizaje: la interdisciplina. Debo decirles aquí algo similar a lo afirmado más arriba: no encontré en mi largo peregrinaje por América Latina muchos ejemplos de verdadera práctica de la interdisciplina. En el seminario ésta resultó tan natural como respirar y caminar, pero en no pocos contextos de nuestra región es más lo predicado que lo practicado. Continúa vigente, demasiado vigente, lo que puedo ilustrar por medio de un juego de Alfonso Reyes:

“Voy a mirar el mundo
a través de ese agujerito,
porque de esa manera
lo veré más redondito.”

En esos años del seminario los diques de mi saber se rompieron para siempre. Utilizo expresiones en boga: el capital humano de ese espacio de interaprendizaje era de un valor imposible de medir. Allí estaban todas las variantes del diseño, pero también la filosofía, la antropología, la sociología, el arte, la psicología, la comunicación, la educación, la historia, la poesía... Y nadie, con pretensiones de dominio. Fuimos parte de una polifonía, de un concierto de voces dedicadas a decir y a escuchar; nadie lanzado a defender míseros territorios, nadie embarcado en descalificaciones de las voces ajenas.

Aprendí, sin tregua, en un vértigo apasionado, a pensar en totalidad. Descubrí la cercanía de la arquitectura con la filosofía, la terca trama de sentido de las ciudades, los modos de decir de los objetos, la interdeterminación de las múltiples relaciones propias de toda formación social.

En el seminario nos construimos como intelectuales dispuestos a la aventura de la complejidad y de la tolerancia, deseosos, anhelantes, de conocimiento y de interacciones. No había maestros en el seminario. Todos éramos maestros y discípulos. Me detengo en esa maravillosa experiencia que me marcó para siempre.

No nació el seminario como por generación de algunos iluminados o por un salto de inspiración.

No nació, llegamos a él.

Sin embargo, estaba desde el primer día, anunciado en la capacidad de convivencia de quienes le dimos sentido.

Sabíamos, sin decirlo, que un seminario, o es una unidad de comunicación y de interaprendizaje, o no es nada.

Ser nada, en el terreno de la educación y del trabajo intelectual, significa aprovechar, o forzar, un espacio para juegos, y fuegos de artificio, detrás de los cuales se esconde el miserable anhelo de deslumbrar al otro, de hacerle sentir su condición de pobre mortal incapaz de asomarse al reino de la sabiduría y de la ciencia. Ser nada significa la premeditada generación de abismos entre quienes enseñan y quienes aprenden, abismos imposibles de sortear y de comprender. Significa la esterilidad del proceso, la incapacidad (no consciente o urdida) de favorecer el crecimiento del otro, que a un buen educador y a un buen intelectual se los conoce inexorablemente por sus frutos. Significa, en fin, el desapasionamiento, la ausencia de entusiasmo en uno de los hechos más hermosos de la condición humana: la relación de enseñanza aprendizaje.

En el seminario no buscábamos deslumbrarnos, no admitíamos abismos, ansiábamos crecer y fructificar en conceptos, metodologías y experiencias, nos unían el entusiasmo y la alegría de compartir.

Y no estábamos juntos sólo por el goce de la relación o por sentirnos bien en el grupo. Estábamos para crecer y producir juntos. Un seminario improductivo es también nada, una contradicción insostenible. Cuando cuarenta personas se unen en torno a un tema, lo investigan, lo confrontan con la experiencia, lo analizan en sus más mínimos detalles, lo aprenden, la productividad surge casi desde el comienzo.

Y la productividad, en el terreno de la educación, del trabajo intelectual tiene sentido si sus resultados son compartidos, si se los comunica. El seminario fue el espacio de la expresión y de la comunicación de todos nosotros.

Imposible producir sin esfuerzo. El seminario se conformó por el trabajo de cada uno de sus miembros. Esfuerzo y disciplinas, que no estaban los tiempos para dejarse llevar por los ligeros vientos de fin de siglo.

Como no se basaba en héroes intelectuales, como su realidad era ese grupo y no otro, ese conjunto de seres dispuestos a crecer y producir, el seminario fue también el espacio de la generosidad. Uso el término en todo su sentido: la actitud de ofrecer al otro el contenido de mis alforjas, de considerar los conocimientos y

las metodologías como algo social, y no una propiedad en la cual nadie podrá pisar.

El seminario fue también la construcción de una memoria. La del grupo, la de cada uno de nosotros, en nuestro esfuerzo y nuestro crecimiento. El seminario significó construirnos un pasado común, un conjunto de referencias en las cuales nos reconocíamos y apoyábamos para crecer. Un acto educativo, un trabajo intelectual que no construyen su pasado, son nada.

El seminario tenía sus rituales. Cada dos semanas nos encontrábamos, dialogábamos, entreaprendíamos un tema, tomábamos un café, nos reíamos, echábamos a rodar anécdotas, registrábamos lo aprendido, corregíamos rumbos, tejíamos proyectos. Dentro del tiempo de la institución, construimos otro, el de nuestro encuentro.

El seminario fue para nosotros una responsabilidad social. No nos considerábamos una capilla de elegidos, ni un grupo urdido en la sombra. Nos gustaban, nos gustan, la luz del día y la plaza pública. Nuestro trabajo desbordaba en todas direcciones, aprendíamos también, y mucho, del resto de los colegas, no nos marginábamos de nada ni de nadie.

Así nació, queridas y queridos amigos, aquella obra fundacional: *Contra un diseño dependiente*. Cuando la recorro, cuando tengo el libro entre las manos, recuerdo cada momento de nuestras reflexiones, cada paso en el cual nos fuimos apoyando para lograr la escritura, para abarcar todos los temas que nos obsesionaban y nos llenaban de goce.

Contra un diseño dependiente... ¿Tiene sentido hoy, noviembre de 2004, a seis días de la opción del país más armado de la tierra por la guerra, el terror y el saqueo; en tiempos de desfonde de los sujetos individuales y sociales, de políticos como lobos y de la militarización del planeta, tiene sentido semejante expresión?

Tiene todo el sentido, aprendí eso para siempre en nuestro seminario, en nuestra experiencia de mutua construcción intelectual. Hay muchas maneras de comprender el concepto de dependencia. Teníamos claro, allá en los setenta, que la misma respondía a una corriente planetaria, veíamos los primeros pasos de una marejada tecnológica que todo lo inundaría, reconocíamos los intentos de control en contenidos y formas, en vidas y en proyectos sociales.

Aprendí entonces, y para toda la vida, que el trabajo educativo, en cualquiera de sus formas, se mueve siempre ante, contra, relaciones de dependencia. Éstas pululan en todo el tejido de las instituciones, de los nichos de poder, de las corrientes estéticas y tecnológicas. Es misión (utilizo este término en su más pleno sentido) de la educación ir más allá de lo vigente, romper viejos moldes, abrir alternativas a miradas capaces de sortear los cercos de las rutinas y de las escuelas impuestas para beneficio de grandes corporaciones internacionales.

Nuestro seminario, en su estructura y en su funcionamiento, constituyó una manera de superar el aislamiento y la soledad de los educadores. Cuando más ausencia veo en nuestros países de iniciativas semejantes, más siento la dependencia en la que se mueven no pocas universidades.

Ruptura en la forma de relacionarnos para pensar ciencia, arte, vida. Ruptura con modos dominantes de expresión, de comunicación; ruptura con viejos moldes pedagógicos que no terminan de pasar.

En definitiva: trabajamos *contra* la dependencia en todas sus manifestaciones. En los tiempos posteriores a la irreemplazable experiencia mexicana, no he cesado de insistir en esa búsqueda de alternativas, en la educación no formal, en la formación de educadores universitarios, en la escritura y el contacto diario con los estudiantes. Trabajo para el cual no me he sentido nunca un iluminado, hago lo que corresponde a todo educador que se precie de aspirar a otros horizontes de comprensión y de práctica con quienes se acercan a él para aprender.

Hago lo que aprendí y viví con ustedes.

Los tiempos, desde hace una larga década, no están para el sostenimiento de lo alternativo. Vientos de conformismo, de violencia, de cinismo, barren sin tregua la arquitectura de las sociedades y no dejan nada fuera. He conocido espacios universitarios donde se predicán el desaliento, el sálvese quien pueda, el conformismo como única manera de sobrevivir. Me he cruzado una y otra vez con predicadores del vacío. Cada quien es dueño de sus prédicas, pero cuando éstas son proferidas en las aulas, tenemos derecho a rebelarnos. He asistido a encuentros en los cuales cundían letanías sobre el sinsentido de la existencia y de las acciones humanas. Nos invitan desde hace años a dejar fuera cualquier aliento utópico, a retractarnos de lo expresado y vivido, como si viniéramos de un fondo de errores y de ilusiones.

Estamos ante vientos sin márgenes, empecinados en soplar en todo el planeta. El juego de las palabras “contra” y “dependencia” se ha estrechado. Corresponde sumar a ellas otro término: “resistencia”.

Resistimos, desde un diseño y una comunicación alternativos, ante la fiesta de la cultura mediática, los artificios cada vez más precisos de la propaganda, la militarización de la Tierra, la reducción de cada ser humano a un manojo de sensaciones dirigidas al consumo, la naturalización de la miseria y la indiferencia ante la miseria.

La capacidad de resistir depende de las raíces que la sostienen y ellas no pueden ser si no humanas. Uno es su historia y los seres con los cuales entretejió esa historia.

Hoy, día de celebración, quiero celebrar con ustedes nuestras raíces, celebrar la entrega y la generosidad, la creación y la amistad, la curiosidad intelectual y el interaprendizaje.

Hoy, queridas, queridos amigos, quiero celebrar con ustedes la resistencia.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 8 de noviembre de 2004